

Una anécdota de filósofos alrededor de la autoridad:

*Gérard Mendel, Michel Foucault y la interdisciplina en cuestión.*

JOSÉ LUIS FLIGUER

Es notorio que el escorzo filosófico en el que se ordena la reflexión contemporánea sobre las ciencias humanas y sociales ha sido trazado por la cuestión del poder. La sombra de Federico Nietzsche campea no ya alrededor de los fundamentos de la teoría social sino en los andamiajes mismos de aquello que el filósofo prusiano Immanuel Kant identificó como el ápice de la filosofía crítica: ¿cuál es la condición de posibilidad del conocer? Es preciso identificar como el espacio de materialización de esa pregunta aquel que determina las condiciones de producción y reproducción del conocimiento. Ese espacio es delimitado por las instituciones que lo transmiten y otorgan a los sujetos portadores su estatus de especialistas transfiriéndoles la autoridad de un “Estado”, para actuar en un saber y/o en un campo práctico determinado. Ese espacio en las sociedades contemporáneas está localizado por antonomasia, en las instituciones de educación superior universitaria.

La idea de Universidad, tal como fue pensada en Alemania por el mismo Kant o por Von Humboldt, propuso un espacio de encuentro entre saberes, cuya pretensión de universalidad tenía por garante una filosofía del fundamento, cuyo carácter trascendental traducía las expectativas de una aproximación posible entre la diversidad de los objetos de conocimiento, partiendo de la identidad de las categorías con las que opera el sujeto del conocer.

La puesta en cuestión, por la filosofía contemporánea, de la unidad de aquel sujeto fundante, tiene lugar de modo simultáneo con el enarbolamiento del estandarte de la interdisciplina como la única vía posible para acceder a la complejidad de los objetos que es preciso conocer. Esta paradoja obliga a interrogarse sobre la posibilidad, a la vez epistemológica e institucional, de construir un marco para la integración de saberes que supone la idea misma de conocimiento interdisciplinario. O dicho de otro modo: en qué

medida resulta factible construir instituciones capaces de transmitir un saber suficientemente articulado a prácticas sociales específicas y al mismo tiempo susceptible de abstracción y generalización para poder concurrir a ese espacio identificado como interdisciplina. Cuál es la legalidad o dinámica institucional que hará posible o imposible ese encuentro a los saberes o, lo que es lo mismo, a sus portadores, para tornar injustificable la sospecha que supo sembrar Louis Althusser respecto de la idea de interdisciplina. Suspiciousamente, el epistemólogo francés afirmaba que los científicos, al salir de su ámbito de práctica específica en el que han construido el objeto teórico encargado de ofrecer las garantías a la objetividad científica, tienen como única brújula la espontaneidad de sus propias creencias filosóficas y políticas<sup>15</sup>.

Quizás la mejor manera de comenzar a responder a esa pregunta sea plantear una pregunta sobre la dinámica de la transmisión que hace posible los desencuentros. Indagar las razones del fracaso del encuentro entre saberes que es requisito del abordaje interdisciplinario, antes que sentenciar negativamente sobre su posibilidad. Amparado en ese argumento, quisiera abordar la cuestión partiendo de una anécdota sobre un desencuentro que se me antoja paradigmática con relación a la cuestión de cuáles son los marcos que autorizan o desautorizan al conocimiento que se construye en las instituciones y a sus portadores.

Los educadores y psicólogos involucrados en la problemática tienen, seguramente, alguna familiaridad con la trayectoria de Gérard Mendel, prestigioso investigador francés, quien fuera uno de los pioneros constructores del análisis institucional y, a su vez, iniciador de un campo disciplinar bautizado como “sociopsicoanálisis”. Pensar el fenómeno de la autoridad ha sido, indudablemente, una de sus principales preocupaciones, y su obra procuró establecer coordenadas para reflexionar sobre este tópico en el interior, y por fuera, de las instituciones educativas.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> En su memorable curso de filosofía para científicos, Althusser construyó una perspectiva epistemológica en la que al trabajo multidisciplinario no concurría la práctica científica sino la “Filosofía Espontánea de los Científicos” (F.E.C), la cual establecía las condiciones de posibilidad de aplicación de su disciplina a un problema que convocaba a diferentes campos de conocimiento. En su perspectiva, el conocimiento interdisciplinario no refería a un objeto de conocimiento sino a la representación ideológica que los especialistas tienen de un determinado problema ajeno a la especificidad de su práctica científica.

<sup>16</sup> Una versión preliminar de este ensayo fue presentada en las III Jornadas Nacionales de Ética y I Jornadas Interdisciplinarias UCES “Sobre la Autoridad. Perspectivas interdisciplinarias y prácticas

Desde el inicio de su teorización, Mendel advirtió que el problema de la autoridad resulta crucial a la hora de comprender ciertas crisis en la transmisión generacional, que empezaron a percibirse con intensidad en la segunda mitad del siglo XX y que, de algún modo, signan la tarea de los docentes contemporáneos en todos los niveles educativos. Mendel señaló que el punto nodal de las crisis en cuestión se expandía en el espacio abierto entre el agotamiento del modelo de la autoridad tradicional y un principio de eficacia pragmática que no parecía entonces, ni tampoco hoy, poseer la capacidad de soportar las exigencias de legitimación que dan consistencia a las actividades que se desarrollan en el marco de las instituciones.

Por otra parte, el tema de la autoridad se impone en el acto mismo de cualquier intervención, en la que quien toma la palabra (o en el acto de la escritura) se ve precisado de construir un marco de referencia para lo que pretende decir. En la construcción de ese marco, la autoridad se hace presente de una manera diferente, pero complementaria a la mencionada en el párrafo anterior; a través de los usos y costumbres del campo intelectual, mediante la práctica de referenciar autores establecidos para construir un marco teórico-interpretativo para lo enunciado. Precisamente, el origen latino del término autor (*ouctor*) es un derivado de *autorictas*. Michel Foucault, un filósofo que ha signado en gran medida nuestro modo de abordar muchos problemas sociales contemporáneos, ha sabido destacar que, pese al gesto moderno con el que Descartes pretendió cuestionar la tradición –en favor de una enunciación original en primera persona–, el campo de las llamadas “ciencias del hombre” –en tanto campo de saber– aún debe responder adecuadamente a una pregunta: “¿qué importa quién habla?”. Ya en *Las palabras y las cosas* (1966), libro que lo hizo célebre en el campo intelectual francés –en el mismo período en que iniciara su trabajo Gérard Mendel– Foucault había sostenido la tesis de que los campos de enunciación del saber de la economía, la biología y la lingüística, emergieron de forma solidaria y discontinua con relación a las formas de saber vigentes en el siglo XVIII. Posteriormente, en su opúsculo *¿Qué es un autor?* (1969), defendió la tesis de que un autor constituye un dispositivo de control de enunciados, el cual funciona como un ordenador epistemológico que permite establecer, en cada momento, la correlación entre

---

sociales”, organizadas por el Centro de Estudios Filosóficos de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y UCES. Julio 2011.

lo visible y lo enunciable en el interior de cada campo de saber. La autoridad del autor es, al mismo tiempo, instauradora de un campo de discursividad y actualizadora de significados: la “función autor” autoriza, justamente, una vía interpretativa para lo que se habla; permite asignar un lugar institucional al sujeto que enuncia, y limita las interpretaciones posibles del enunciado; disciplina y ordena cada campo de saber. Como complemento del autor, a su vez, el comentario textual es un dispositivo que evita el azar de las interpretaciones, y reenvía permanentemente la hermenéutica del texto al autor, como modo de legitimación del sentido.

Luego de este primer proyecto, en su obra posterior, Foucault consolida la idea – hoy bastante difundida– de que “el orden del discurso” de los saberes disciplinarios es el resultado de procesos históricos que han permitido consolidar instituciones en las cuales el saber se anuda, indefectiblemente, con relaciones de poder. Si todo saber disciplinario es capaz de remitir a un ámbito de objetos cognoscibles –un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas, de técnicas y de instrumentos– y, a diferencia del comentario, puede formular siempre nuevos enunciados, se debe a que los saberes remiten a un ámbito de instituciones en el que existen prácticas de conocimiento que están enlazadas necesariamente con relaciones de dominación. Es oportuno señalar que en esa búsqueda de construir una perspectiva que procure analizar las relaciones saber/poder Foucault, no era un intelectual solitario en el campo intelectual francés.

Mendel tampoco dejó de percibir el peso del autor en la pedagogía, en la que vislumbró el impacto de la autoridad como condición de posibilidad organizadora y, frecuentemente, limitante de la relación entre el sujeto epistémico y el objeto de conocimiento. El predominio de una razón instrumental, signada por la abstracción y la especialización disciplinar es –según Mendel– el resultado de las modalidades en que la autoridad ha ordenado la vida institucional en el mundo moderno.

Es preciso decir que entre las explicaciones que pueden encontrarse para la falta de aproximación de estos dos autores, es posible consentir en que esas posibilidades de vinculación estuvieron signadas por la inserción inicial de sus obras en ámbitos disciplinariamente diversos: para Michel Foucault el campo de la filosofía, mientras que Gerard Mendel dedicó sus esfuerzos intelectuales al campo del análisis institucional. Al

respecto es también necesario reconocer que la producción de ambos autores los llevó hacia la investigación de problemas convergentes, por lo que sorprende la constatación de que no exista un diálogo conceptual “explícito” entre ellos. Precisamente, esa falta de aproximación entre sus obras no ha dejado de impactar en las investigaciones que prolongaron las contribuciones de ambos pensadores, dada la relativa ausencia de trabajos especializados que aproximen sus perspectivas.

Si en este ensayo –emulando de alguna manera la intención, aunque no el talento, de Plutarco– me propongo trazar un cuadro de vidas paralelas entre ambos autores, es posible que el lector pueda compartir la curiosidad por lo que podría llamarse un “desencuentro intelectual”.

### *Un caso de vidas paralelas*

Para comenzar, cabe decir que la dirección de la obra de ambos fue atravesada por la experiencia del Mayo Francés del 68. Para establecer el significado de ese hecho es oportuno recordar que Ralph Darendorf había señalado, siguiendo a Max Weber, que la relación entre autoridad y poder debía pensarse en función del atributo de legitimidad que existe necesariamente en la primera pero está ausente en el segundo. La crisis abierta en la intelectualidad francesa en aquella época con relación a la noción de autoridad legítima marcó la obra de estos pensadores.

Para los lectores familiarizados con la obra de Michel Foucault, quizá no sea indispensable recordar el giro programático de su proyecto filosófico, que tiene lugar, precisamente, en los trabajos referidos anteriormente. Los textos epistemológicos –que incluyen, además del ya mencionado, *Historia de la locura en la época clásica* (1961) y *Arqueología del Saber* (1969), entre otros–, restringían el trabajo del Foucault “archivista” a una historia interesada en reconstruir las condiciones de posibilidad de las diferentes formaciones de saber a partir del análisis de documentos entendidos como monumentos de un estilo de pensamiento. La aparición de sus célebres estudios sobre el poder, en un segundo momento, estuvo precedida por el impacto que tuvo en su historia universitaria la utilización que de sus obras del primer período hicieron los practicantes del campo psiquiátrico con la agitación promovida por el Mayo Francés. Robert Castel

(1986) relata el modo en que esta convocatoria recibida por Foucault para participar en los debates instalados sobre la medicalización de la locura reenfocaron su obra, desde la arqueología del saber hacia una genealogía del poder.

Así, por ejemplo, el año 1971 encuentra a Foucault en un trabajo activo (junto con Pierre Vidal-Naquet y Jean-Marie Domenach) en el Grupo de Información de Prisiones, relevando los testimonios de los prisioneros sobre la institución carcelaria, con el objetivo de hacer manifiesta la lógica del sistema penitenciario. Esta investigación inicia a Foucault en un camino de indagación de la lógica más general que sustenta la autoridad en las instituciones occidentales. A partir de esta experiencia con la prisión, Foucault construyó una teoría del poder disciplinario que, apoyado en una tecnología de visibilidad permanente (el Panóptico), permite insertar el comportamiento de los individuos en un espacio celular de registro, en el interior del cual las diferentes modalidades de saber pueden acumular un conocimiento clasificatorio y optimizador de la fijación en un orden institucional de los individuos y sus acciones, a través de estrategias específicas.

A lo largo de sus libros posteriores, la genealogía del poder describe una microfísica en la cual la autoridad institucional se apoya en un andamiaje de estrategias de saber-poder. El diagnóstico foucaultiano es que las instituciones occidentales de la modernidad se han constituido mediante la expansión de un poder que disciplina las capacidades del individuo, insertándolo en un proceso de gestión de la vida misma, conceptualizado como bio-poder. El ejercicio de ese poder constituye la matriz de los saberes contemporáneos que denominamos “ciencias humanas”, construyendo un manto de sospecha y oscuridad sobre la “voluntad de saber” que ha caracterizado a la ciencia occidental a partir del Siglo XVII.

Por su parte, Gérard Mendel –quien se desempeñaba durante 1968, como psiquiatra y psicoanalista, en el Hospital Psiquiátrico del Sena– inicia también su propio modo de interrogar la lógica de las instituciones que le son contemporáneas. El Mendel de la *Rebelión contra el padre* (1968), advertía en la dinámica de las instituciones socio-culturales la generación de procesos colectivos, impregnados por aquello que Freud había identificado como un “malestar de la cultura”, el cual requeriría, para ser interpretado correctamente, una perspectiva que excediese el andamiaje psicoanalítico.

Una dinámica regresiva en la transmisión sociocultural debería ser evaluada a la luz de la constatación de un desfase entre la psicogénesis estudiada por el aparato conceptual freudiano y la sociogénesis que debe localizarse en las instituciones, en particular las instituciones educativas. Esta tensión entre el significado psicoanalítico y político institucional del proceso de constitución subjetiva es lo que presta encuadre a la creación del sociopsicoanálisis.

Para Mendel, la experiencia del Mayo Francés muestra que el poder social comienza a ser percibido a través de modalidades impuestas por el estilo de las instituciones cuyo poder de dominio se ha maximizado por el potencial tecnológico a su servicio. Pero esta modalidad de poder tiene impacto en la subjetividad, produciendo en el inconsciente individual una dinámica de las instancias psíquicas que ha derivado en una confusión entre la lógica instrumental de la racionalidad del poder y la racionalidad en general, posibilitando así una rebelión contra la segunda, que culmina realimentando la lógica de la primera.

En *La descolonización del niño* (1971) Mendel orientó decididamente su búsqueda de comprensión del problema de esa dinámica del poder social, haciendo foco en la conceptualización de la autoridad, utilizando un marco de abordaje interdisciplinario anclado en el sociopsicoanálisis. Para Mendel, la legitimidad de la autoridad es, sin duda, inescindible del ejercicio de la fuerza o del poder; pero posee una particularidad que es preciso interrogar a los fines de hacer posible una salida progresiva de la crisis de autoridad detectada en la lógica del funcionamiento institucional. El carácter misterioso, trascendente e irracional de la autoridad depende de un proceso psicoafectivo que demanda una lectura político-institucional del complejo de Edipo (identificado por Freud como una etapa crítica de la socialización del sujeto). La clave para comprender ese proceso consiste en interpretar la autoridad en el marco de una tesis antropológica: la autoridad sería un fenómeno constitutivo de lo humano, que surge del desamparo arcaico del sujeto frente a instituciones cuyos ideales y normas atraviesan las figuras parentales que determinan una dimensión psicofamiliar del sujeto. El fenómeno de la autoridad, entonces, refleja el modo en que el psicofamiliarismo limita las posibilidades del sujeto cognitivo para acceder al significado de la experiencia de lo político institucional en términos de una racionalidad de fines colectivos. La tesis final del libro

propone la necesidad de emancipar a la niñez de los procesos regresivos que, escudados en la retórica de una rebeldía radical, ocultan una falla de la función paterna, que ha determinado el tipo de fantasmática que opera en las instituciones contemporáneas.

Un aspecto singular del programa de investigación llevado adelante por Mendel se relaciona con el hecho de que su teorización surge de la práctica del análisis institucional. En secuencia con su esfuerzo por comprender las instituciones de educación, Mendel buscó aplicar el sociopsicoanálisis al mundo del trabajo. También convocado por las aventuras de la práctica, en 1971 Gérard Mendel funda el Grupo Desgnettes de investigación interdisciplinaria de las instituciones, con el objetivo de comprender la dinámica de la autoridad y el poder en los procesos de trabajo. Es en aquel ámbito donde Mendel y su grupo desarrollan su mayor contribución a una teorización del poder en relación con el fenómeno de la autoridad. En el interior de los Grupos de Reflexión sobre el Trabajo (GRET), constituidos para llevar adelante un programa de investigación sobre la lógica y límites de los círculos de calidad que por entonces habían emergido con la modalidad postfordista de organización del trabajo, Mendel detecta una dinámica de la racionalidad, y del poder, totalmente original.

La comprensión del problema del poder, señala Mendel en su trabajo *La sociedad no es una familia* (1992), requiere la articulación de tres psicologías del inconsciente para la comprensión de un único sujeto. En primer lugar, el psicoanálisis proporciona el marco conceptual para comprender el psicofamiliarismo que explica parte de la dinámica psicoafectiva del fenómeno de la autoridad. La segunda psicología es el constructivismo cognitivista de cuño piagetiano, que permite comprender el desarrollo de una racionalidad que permite al sujeto apropiarse operatoriamente de los objetos del conocimiento. Sin embargo, la dimensión cognitiva asumida como pura abstracción no es suficiente para comprender el modo en que el sujeto avanza en el conocimiento de los objetos más allá de un nivel puramente instrumental. La razón instrumental se origina, justamente, en un operar cognitivo aplicado a una acción social parcelada y abstracta de la acción social que le da sentido. El tradicional experimento de Stanley Milgram, que exhibió que el 63% de una muestra de 1000 personas era capaz de una sumisión total, aún en situaciones extremas, parece apoyar sus conclusiones. Milgram (1980) señala en las conclusiones de su experiencia que la sumisión a la autoridad

depende, en gran medida, de la invisibilidad de la acción social total generada por la división del trabajo, la cual restringe instrumentalmente la cognición del agente que se asume como un mero instrumento de la autoridad.

Para Mendel, la superación del impasse impuesto por el psicofamiliarismo a la razón, depende de un tercer ámbito de fenómenos: el de la psicosocialidad. La psicosocialidad introduce una teoría del poder como reverso de la teoría de la autoridad elaborada por la investigación sociopsicoanalítica. El concepto de “movimiento de apropiación del acto poder”, acuñado por Mendel para teorizar el problema del poder, pretende señalar que la superación del fenómeno de la autoridad tradicional en las organizaciones necesita ser pensada en dos sentidos complementarios: en primer lugar, el término “actopoder” pretende señalar que el acto humano encuadrado institucionalmente plantea al agente el problema del poder del sujeto sobre el acto propio y sobre sus efectos concretos en la realidad. En segundo lugar, el señalamiento del movimiento de apropiación de ese acto “... sólo puede desarrollarse al precio de un conflicto doble: respecto de la personalidad psicofamiliar (autoridad) y respecto del sistema socioorganizacional” (Mendel, 1992, p. 178). El acto de trabajo, entonces, pone en juego una dinámica diferente a la de las estructuras jerárquicas organizacionales. Mendel objeta al sociólogo de las organizaciones Michel Crozier una concepción del poder institucional restringida al dominio:

“Lo que nos interesa a nosotros es el poder del sujeto respecto de su acto de trabajo. Lo que interesa a Crozier es el poder institucional del sujeto con respecto a otro.” (Mendel, 1993, p. 184)

En este último sentido, la concepción propuesta por Mendel parece aportar una perspectiva de algún modo complementaria, pero quizá también superadora, de los estudios proporcionados por la genealogía del poder. A sostener argumentativamente esta posición dedicaré la siguiente parte de este trabajo.

### *El desencuentro intelectual*

Finalizado el ejercicio comparativo del apartado anterior dedicado a la biografía intelectual de Mendel y Foucault, es preciso retomar la cuestión de la falta de diálogo entre ambos programas de investigación. La principal referencia, sino la única, a Gérard Mendel vinculada con la obra de Foucault no figura en un texto suyo, sino en un trabajo que su eminente colega Gilles Deleuze dedicó a comentar y dar unidad al proyecto de la analítica del poder. En la primera página de su *Foucault* (1986), Deleuze dice:

“Un nuevo archivero es nombrado en la ciudad. Pero ¿es verdaderamente nombrado? ¿No actúa según sus propias directrices? Algunos rencorosos dicen que es el nuevo representante de una tecnología, de una tecnocracia estructural. Otros, que toman su estupidez por una ocurrencia dicen que es agente de Hitler, o que cuando menos ofende a los derechos humanos (no le perdonan que haya anunciado la muerte del hombre)”. (Deleuze, 1986, p. 5)

Según se aclara en una nota al pie, el “estúpido psicoanalista” de referencia, no era otro que Gérard Mendel (quien, por otra parte, es el verdaderamente no nombrado en el texto), quien no tuvo mejor ocurrencia que comparar *Las palabras y las cosas* con *Mein Kampf* de Adolf Hitler. Ciertamente, podría explicarse el desencuentro entre la genealogía del poder y el sociopsicoanálisis a través de esta anécdota de duelos intelectuales o afrentas imperdonables, pero también es posible contar una hipótesis algo más interesante. Para completar esta anécdota de rencores, es preciso decir que Mendel, tras dedicar tres extensos capítulos en *La rebelión contra el padre* –donde consta la comparación que escandaliza a Deleuze–, no volvió a referirse en obras posteriores a trabajos de Foucault, los cuales –si consideramos específicamente los dedicados a la genealogía del poder– justificarían una aproximación o, al menos, un debate.

¿Qué fue lo que encontró Mendel en el libro de Foucault, que establecería la vía del desencuentro? El título “Las palabras sin las cosas” es una inicial y elocuente pista

para comprender una primera gran objeción al modelo arqueológico de las *epistemes* como vía de interpretación del conocimiento. Para Mendel, el constructo epistemológico de la arqueología representa un ataque a una teoría de la racionalidad que habilite pensar una función emancipatoria. Plantear que la historia del saber es sólo el resultado de un devenir azaroso de las condiciones de legitimación del discurso, encubre algunos problemas cruciales. El primero de ellos es el de la comprensión del despliegue real de la ciencia. También Piaget (1974) señalaría, a propósito del libro de Foucault, que su estructuralismo “sin estructuras” limitaba la comprensión del funcionamiento real de los mecanismos lógicos que explican la capacidad operatoria de los saberes en la acción real, al precio, incluso, de significativos errores y arbitrariedades desde el punto de vista de la historia de la ciencia que el libro narraba. Más significativo resultaba que esa historia de archivo, así construida, prescindía de toda referencia al papel de los sujetos, tratándose solamente de mutaciones en los regímenes de enunciación que han depositado tras de sí una suerte de testimonio geológico. Resulta curioso que Mendel haya manifestado en su crítica que “...se trataba de un valioso libro en cuanto es reflejo del poder social definido como el conjunto de instituciones socio-culturales de una época determinada” (Mendel, 1971, p. 314), ya que eso fue exactamente lo que reconoció en los hechos Foucault al transformar la arqueología del saber en una genealogía del poder”.<sup>17</sup>

Un tercer aspecto que confrontó la crítica de Mendel fue la idea de que el hombre era sólo una figura construida por la episteme de las ciencias humanas, la cual pronto se transformaría para dar lugar a nuevos inciertos objetos de saber. A favor del fundador del sociopsicoanálisis debe decirse que, además de que la prognosis de desaparición de las Ciencias Humanas en la apoteosis estructuralista nunca tuvo lugar, es preciso señalar que el proyecto de una Antropología General sostenido por Mendel suponía una ruptura filosófica y científica radical con esa idea, lo que contribuyó a obstaculizar todo nuevo diálogo teórico entre ambos proyectos filosóficos.

---

<sup>17</sup> Foucault comentaba, en uno de sus numerosos reportajes realizados en el período de la genealogía del poder que, al observar su obra arqueológica se preguntaba de qué otra cosa que del poder podía estar hablando allí. Este reconocimiento *a posteriori* no autoriza a olvidar que, durante el éxito editorial de *Las palabras y las cosas*, Foucault había manifestado, frente a las críticas de Jean-Paul Sartre, que su libro pertenecía a una generación de filósofos más interesados por el análisis y el sistema que por la libertad y la política.

Finalmente, Mendel opta por abordar el análisis del libro como una producción cultural, y es en ese sentido que traza los paralelos con el clásico texto de Hitler, señalando que la amplia receptividad que tuvo en Francia podía ser interpretada como un síntoma reaccional y renegatorio de los dilemas que plantea la crisis contemporánea de la autoridad generada por la tensión entre la dinámica del mercado y las instituciones democráticas: justamente, allí se insertan las ideologías del irracionalismo y el antihumanismo, desplegadas en aquella obra arqueológica de Foucault.

Hay que decir, por otra parte, que es de lamentar que Mendel falleciera sin poder plantearse los problemas e incorporar los invaluable aportes de la genealogía foucaultiana a la comprensión del poder, en el proyecto de su Antropología General (Mendel, 2011). Si por una parte es verdad que Foucault nunca terminó de superar las limitaciones de una concepción del poder entendida a la manera de Crozier, definiendo “el poder como un modo de acción sobre las acciones de otros, cuando se caracterizan estas acciones a través del gobierno de los hombres por otros hombres” (Foucault, 2001, p. 254), sin duda la sutileza de sus análisis del sistema de diferenciaciones sobre las acciones de los otros, los tipos de objetivos de esas acciones, los medios con los cuales se crean relaciones de poder, sus formas de institucionalización y sus grados de racionalización; en definitiva, el modo en que el poder se reticula a través de las instituciones modernas, hubieran significado una extraordinaria contribución a su comprensión de la crisis de las organizaciones modernas. En especial, fue sutil la comprensión de Foucault respecto del papel del castigo en la lógica y modalidades que asumió la autoridad contemporánea, limitando el dinamismo del “movimiento de apropiación del acto poder” teorizado por el sociopsicoanálisis.

En ese aspecto, los estudios de Kurt Lewin y sobre todo los de Jean Piaget sobre el desarrollo moral, habían enseñado en los inicios del siglo XX que la dinámica psicosocial que acompaña el desarrollo de una racionalidad moral se ve limitada por el tipo de sanción expiatoria que realimenta la omnipotencia psicofamiliar de la voluntad adulta frente al desamparo del *infans*. Los estudios genealógicos de la prisión y otras instituciones isomorfas del poder disciplinario desarrollados por Foucault hicieron patente que la lógica instrumental y el carácter expiatorio del sistema de castigo ordenador del poder disciplinario posee una indiscutible capacidad explicativa con

relación a la imposibilidad de avanzar en la construcción de instituciones verdaderamente democráticas en Occidente. En ellas, la colonización del niño desde su temprana infancia, por una racionalidad del cálculo instrumental sometida a una voluntad adulta, es característica del comportamiento sometido a un poder que no requiere de mayor legitimidad. El rasgo ubuesco<sup>18</sup> del poder contemporáneo muestra su rostro arcaico e irracional, que Mendel supo identificar pero cuyo mecanismo de funcionamiento ha sido descrito sutilmente por la genealogía del poder.

A pesar de ello, no es posible pasar por alto que la recurrencia a los fundamentos filosófico metafísicos de la voluntad nietzscheana y una cierta concepción sustantiva de las tecnologías del biopoder que recuerdan el *gestell* de la filosofía de la técnica heideggeriana, poseen un espíritu neoconservador que contrasta con las manifestaciones muy radicalizadas, con espíritu de barricada, que caracterizaron mucha de la producción de Foucault, Deleuze y otros investigadores del programa de la genealogía del poder.

Con ácida desconfianza, Mendel recordaba, en *La crisis de las generaciones* (1969), una intervención de Foucault de ese tono, durante una reunión que tuvo lugar en la Facultad de Vincennes:

“Señores:

No puedo llamarlos compañeros puesto que yo soy un crápula. Debo decir que todos los profesores son basura (...) La mercancía que fabricamos, es la mentira sabia es aquello por lo cual el estado nos paga, y es lo que nuestros monos sabios de estudiantes están ávidos de adquirir para convertirse en practicantes de la mentira que todos los partidos y agrupaciones burocráticos que quieren modernizar el capitalismo

---

<sup>18</sup> El adjetivo “ubuesco” hace referencia a la obra de Alfred Jarry, *Ubu roi*, que constituye una parodia del *Macbeth* de Shakespeare. El término hace referencia a la maximización de los efectos del poder a partir de la descalificación de aquel que los produce. Lo grotesco es uno de los procedimientos esenciales de la soberanía arbitraria y de la burocracia administrativa. Esta idea de Foucault resulta coincidente con la caracterización de los arcaísmos inconscientes, como propios de la autoridad contemporánea, identificados por Mendel.

“Somos pensadores garantizados por el estado pero he de decir que nuestra actividad benévola más meritoria ha sido desde hace cincuenta años la de intentar esconder a las jóvenes generaciones lo que fue la historia real del movimiento obrero sus manifestaciones grandiosas: Cronstadt, Turín 1920, la comuna de Espartaco y finalmente, Barcelona 1936-37” (Mendel, 1969, p. 204)

Lo más significativo de este ejercicio retórico –señala Mendel–, además de la autoacusación demagógica, es que todas las revoluciones citadas desembocaron en grandiosos fracasos. Toda esa retórica radicalizada, muy a tono con la gran consigna de “la imaginación al poder” que signó aquella época, olvida un principio indispensable: la supervivencia, e incluso el progreso, sólo son posibles si las nostalgias arcaicas de omnipotencia son bloqueadas en beneficio del principio de realidad. La escena ilustra cómo las figuras de la autoridad contemporánea oscilan entre el grotesco y la seducción, poniendo en juego identificaciones que nos impiden operar colectivamente en acuerdo con ese principio de realidad.

*Del poder al principio de realidad: lineamientos para pensar la autoridad como obstáculo epistemológico*

Si, como sostiene Mendel, la crisis actual de la autoridad es un fenómeno de la modernidad occidental, sería preciso identificar una lógica institucional que permita generar una dinámica institucional alternativa, que posibilite la formación de subjetividades funcionales a una lógica de poder más democrática, propiciando una transformación estratégica en la relación entre conocimiento y poder.

Como ha señalado Mendel, el poder no refiere en principio al control de las acciones de los otros sino a la necesidad de promover una dinámica de la acción *con* los otros, en el marco de colectivos, que permita operar sobre la realidad. En tal sentido sería posible retomar las sugerencias de los escasamente conocidos estudios sociológicos realizados por Jean Piaget referidos a la relación entre el desarrollo de las

operaciones lógicas y la vida social<sup>19</sup>. En aquellos textos Piaget examina dichas condiciones de posibilidad, en la perspectiva de que los sistemas de acción se construyen en su inteligibilidad como un agrupamiento operatorio, susceptible de ser interiorizado y formalizado como categorías lógicas. Señalaba allí Piaget:

“las acciones de los individuos sobre el mundo exterior obedecen a una ley de desarrollo de tal naturaleza que el equilibrio al que tienden reviste la forma móvil y reversible del agrupamiento. Las acciones de unos individuos sobre otros, en que consisten las relaciones sociales, tienden igualmente, en el dominio de los intercambios de pensamiento; hacia una forma de reciprocidad que implica la movilidad reversible característica del agrupamiento: la cooperación no es más que un sistema de operaciones efectuadas en común”. (Piaget, 1965, p.193)

De esta reflexión surge inequívocamente la necesidad de comprender mejor los obstáculos que las modalidades de organización del trabajo intelectual generan en los procesos de producción de conocimiento. En el mismo trabajo Piaget se apresura a señalar la tensión de una lógica democrática de los actores y un desequilibrio debido a la sobrevaloración de creencias que constriñen socialmente el pensamiento a través de los sistemas de autoridad. El constreñimiento de la autoridad limita el acceso a la consistencia y la objetividad del conocimiento, en la medida en que sutura las inconsistencias y limita los efectos de verdad a los alcances del lenguaje. A la inversa la cooperación solo puede conducir a la formación de agrupamientos a través no sólo del lenguaje, puesto que la lógica de operaciones no es una lógica verbal, en la medida exacta en que las operaciones son un sistema de acciones” (Piaget, 1965, p. 195).

Algunos trabajos contemporáneos han intentado esa ruta trazada por la epistemología genética (Muleras, 2008; Castorina et Al, 2010), pero no han avanzado en la conceptualización de los obstáculos epistemológicos emergentes de la lógica del

---

<sup>19</sup> Es frecuente encontrar entre los científicos cognitivos la tesis de que la epistemología genética aborda el problema de la psicogénesis del conocimiento desestimando la importancia de los procesos sociales. Esta consideración es sin embargo errónea.

poder y la autoridad. Desde que Gaston Bachelard formulara esa noción como corolario de su propuesta de un psicoanálisis del conocimiento objetivo, se sucedieron diferentes utilizaciones metafóricas del concepto de obstáculo epistemológico sin poder darle un sentido operativo. En la perspectiva abierta por el sociopsicoanálisis, es posible visualizar que los obstáculos construidos al interior de las instituciones que validan los saberes bajo la forma del conocimiento, limitan el desarrollo de la psicosocialidad y, consecuentemente, el movimiento de apropiación del actopoder, al interior de las prácticas disciplinares. Este efecto limitante se debe, en gran medida, a que los procesos de validación del conocimiento no responden a una dinámica reclamada por las prácticas sociales, sino a mecanismos de reconocimiento y validación propios de la estructura jerárquica de la institución científica.

Del recorrido realizado surge que fue en la dinámica de las prácticas, en donde Foucault y Mendel confluyeron, más allá de su desencuentro intelectual. La localización en las prácticas les permitió construir espacios que permitieron interrogar y renovar sus campos de conocimiento, y teorizar sobre el modo en que el poder y la autoridad son estructurantes del proceso de constitución de los campos de saber, definiendo los territorios de las diferentes disciplinas. La singularidad del aporte de Mendel, resulta de haber permitido visualizar en el fenómeno de la psicosocialidad, la posibilidad de construir una lógica del poder que se despliega a partir de la “co-operación” de los sujetos epistémicos, habilitando un reagrupamiento de sus estructuras cognitivas por afuera del marco epistemológico de las disciplinas.

En tal sentido, es oportuno señalar que el amplio consenso que posee hoy el giro lingüístico en filosofía ha contribuido a dar amplia acogida a una concepción de la verdad subjetivista y antirrealista: subjetivista, en la medida en que la crítica a la teoría del significado sostenida por el verificacionismo abrió el camino de una verdad entendida como descubrimiento del mundo a partir del gesto hermenéutico del sujeto; antirrealista, en la medida en que la verdad de los enunciados proviene de ese gesto, extraviándose en una concepción convencionalista de la verdad proposicional, que abandona progresivamente sus pretensiones de acceder al conocimiento de una realidad objetiva. En ese marco filosófico, resulta difícil pensar en un conocimiento con

posibilidades de emanciparse de los “consensos” resultantes de la dinámica normalizadora de la institucionalidad que ordena y autoriza los saberes.

Sin embargo, el giro posibilitado por la apertura hacia las prácticas permite pensar la vía superadora del obstáculo epistemológico constituido por el disciplinamiento institucional de los saberes. Como ha mostrado lúcidamente Hilary Putnam, es preciso volver a anclar el conocimiento en tesis realistas para eludir, tanto el relativismo como el subjetivismo. En la evolución de su pensamiento, Putnam demostró que dicha empresa requiere deflacionar la cuestión de la sintaxis lógica y/o la identidad hermenéutica de un marco lingüístico, para localizar en las prácticas, como campo de acción determinante de los usos lingüísticos, el marco en el que resultan decidibles las pretensiones de verdad de los enunciados<sup>20</sup>. La propuesta de Putnam afirma que las prácticas deben considerarse como formas de vida en las cuales prima el realismo del sentido común para aquellos que se encuentran implicados en dichas prácticas y donde la pretensión de verdad se encuentra sujeta a la localidad de un juego de lenguaje en el que el todo, amparado en su lectura de Wittgenstein, está formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido (Putnam 2000). Estas acciones se inscriben en una relación directa del sujeto con el mundo sin otra limitación –limitación que sin embargo resulta crítica- que los efectos de la división del trabajo humano sobre las prácticas de conocimiento. En tal sentido las reglas que operan en los juegos de lenguaje regulando

---

<sup>20</sup> Putnam propone un realismo directo o natural del hombre común: parte de retornar a una segunda ingenuidad respecto del significado de lo que llamamos experiencia. El argumento de Putnam es que la objetividad en el sentido de un “conocimiento del mundo y los objetos tal como son”; no tiene por qué ajustarse a los parámetros del realismo identificado con el ojo de Dios. Que conozcamos al mundo tal como es, no significa que: a) éste conste de alguna totalidad fija de objetos independientes de la mente, b) que haya exactamente una descripción verdadera y completa de como es ese mundo; c) que la verdad suponga una especie de relación de correspondencia fija entre palabras o signos mentales y cosas o conjunto de cosas externas, por lo que tampoco resulta necesario suponer un conflicto entre este sentido de objetividad y una concepción falibilista del conocimiento.

La necesidad de una tesis realista se visualiza con claridad al concebir el carácter holístico de las relaciones entre hechos, valores e interpretación al interior de la acción humana. Putnam postula los siguientes principios de inteligibilidad: 1) El conocimiento de los hechos presupone el conocimiento de las teorías; 2) El conocimiento de las teorías presupone el conocimiento de los hechos; 3) El conocimiento de los hechos presupone el conocimiento de los valores; 4) El conocimiento de los valores presupone el conocimiento de los hechos; 5) El conocimiento de los hechos presupone el conocimiento de las interpretaciones; 6) El conocimiento de las interpretaciones presupone el conocimiento de los hechos. La posibilidad de lograr un conocimiento objetivo descansa en una relación entre teorías, valores e interpretaciones que presume el acceso a una realidad aunque ésta no sea absoluta. En tal sentido Putnam propone un retorno no-metafísico a las tesis realistas de Aristóteles. “Ciertamente, la intuición aristotélica de que los objetos tienen estructura está en lo correcto, a condición de que recordemos que lo que cuenta como la estructura de algo es relativo a las maneras en las cuales interactuamos con ello. La intencionalidad, la estructura del mundo y la estructura del lenguaje están muy íntimamente relacionadas”

la teorización, evaluación e interpretación de los hechos al interior de las prácticas, reflejan equilibrios dinámicos locales, parciales y provisionales de los esquemas de acción desarrollados en dichas prácticas, con la limitación de las coacciones de la autoridad ya observadas por Piaget. Contra lo que creía Althusser, a cuyas tesis epistemológicas hicimos alusión al iniciar este trabajo, son los marcos institucionales de las prácticas científicas aquellos que establecen, al mismo tiempo que las condiciones específicas de construcción de su objeto teórico y procedimientos de validación objetivas, las restricciones y obstáculos para acceder a una noción de realidad que trascienda los propios marcos lingüísticos y hermenéuticos así como la estructura del campo de poder en el que se han moldeado sus prácticas. La posibilidad de superar los obstáculos que la institución impone, depende de encontrar las vías adecuadas para que los sujetos cognitivos puedan operar en función del principio de realidad, entendiendo a la realidad como la existencia de un mundo cuya estructura se entrama con nuestra acción para dar lugar a lo que llamamos realidad objetiva (Putnam, 1997).

Putnam también ha sabido abrir el camino para pensar la superación de estos obstáculos por la vía de la interdisciplina. El anclaje de sus tesis epistemológicas en los juegos de lenguaje autóctonos de cada práctica supera la valla de la inconmensurabilidad con el auxilio de sus tesis realistas. Adoptando las tesis de la intérprete de Wittgenstein, Cora Diamond, las actividades deben considerarse como un conjunto de reglas (lingüísticas y no lingüísticas) con las que operamos de modo natural en un sentido pragmático<sup>21</sup>. Las reglas que regulan nuestras actividades de conocimiento no dependen de algoritmos específicos sino de los equilibrios provisionales alcanzados entre los modos de teorizar, evaluar e interpretar los hechos que constatamos en nuestra actividad. Estas reglas como las de cualquier juego pueden traducirse en la medida en que reconocemos en otras prácticas parecidos de familia con las reglas que regulan las prácticas a las que estamos habituados. A esto llama Diamond la posibilidad de reconocer el “rostro de nuestra actividad en otra”. Si aceptamos las tesis del realismo natural de Putnam podemos percatarnos de que la interdisciplina (o transdisciplina como se suele llamar frecuentemente) constituye el espacio por antonomasia en el que

---

<sup>21</sup> Cora Diamond tematiza esta cuestión en relación a nuestra posibilidad en aprender un juego a partir de identificar no sólo sus reglas de procedimiento sino su sentido como práctica a partir de un juego que conocemos y al que estamos habituados a participar. A esto denomina reconocer el rostro de una actividad en otra.

nos vemos obligados a reconocer el rostro de una actividad en el rostro de otra. Desde las tesis realistas de Putnam debe señalarse que los problemas interdisciplinarios o transdisciplinarios emergen en los campos de confluencia de prácticas de conocimiento cuya problemática estándar institucionalizada es trascendida por el tipo de problemas prácticos que es convocada a resolver. En tal caso la confluencia de las prácticas comporta además de la posibilidad de reconocer una actividad en otra, el hecho de que la estructura real del mundo en que convergen dichas prácticas debiera ser asintóticamente la misma. En esa convergencia se constituye un más allá de las disciplinas en el que es posible reconocer el rostro de una disciplina en otra en la medida en que converjan las prácticas de un modo en que sea posible asimilar el sentido de esas prácticas respecto de entender que son los mismos aspectos de la realidad los que se hallan comprometidos.

Esa lógica inter o trans-disciplinaria (según los gustos), requiere en nuestra perspectiva, una lógica institucional que permita activar la psicosocialidad de los sujetos al interior de las prácticas de conocimiento. La investigadora organizacional Bernal Osorio, de la Universidad de Externado, se refiere a una modalidad de organización de la producción del conocimiento denominada *Grupo Complexus*: la emergencia de esta modalidad de organización de los grupos interdisciplinarios de investigación, supone una génesis aleatoria de iniciativas individuales que va aglutinándose alrededor de una problemática que actúa como atractor que va haciendo confluir las acciones en una modalidad de grupo organizado como red de investigación, cuya etapa de consolidación se logra mediante la convergencia de los grupos en un proceso de institucionalización de proyectos de investigación sucesivos que permitirían la evolución del grupo hacia una mayor consolidación o a su disolución. Dice la autora que “La investigación realizada por los grupos requiere la ejecución de acciones sistemáticas cuyo fin es describir, interpretar o actuar sobre la realidad” (Bernal Osorio, 2007: 288). En tal sentido, resulta visible que el atractor cuya dinámica impulsa el proceso de aglutinamiento y posterior consolidación del grupo, representa una progresiva convergencia de reglas de lenguaje y prácticas que ponen de manifiesto el descubrimiento progresivo de una estructura del mundo hacia la que converge el esfuerzo por conocerlo desde la diferentes disciplinas.

*A modo de conclusión: la interdisciplina como matriz de una nueva autoridad epistemológica.*

Llevada hasta aquí la argumentación, resulta oportuno decir que la anécdota que motivó esta reflexión ilustra con claridad las modalidades de ordenamiento y reproducción institucional de los saberes universitarios, así como las limitaciones que impone la actual lógica de la autoridad a la transmisión del conocimiento. Me inclino a creer que esa modalidad de conflicto no tiene nada de personal sino que obedece a la lógica propia del campo intelectual, que tan brillantemente ha conceptualizado Pierre Bourdieu en diversas obras. Por la misma razón no soy excesivamente optimista con la recepción de este trabajo. Puede que el ejercicio de convergencia que en él se propone, anclado en investigaciones producidas en tradiciones muy diferentes, no llegue a poner suficientemente en diálogo las distintas argumentaciones revisadas y que por ello algunos colegas formados en esas diferentes tradiciones, formulen justas objeciones o simplemente acusen una falta de autoridad del texto por su excesivo eclecticismo.

Sin embargo, sin detenerme demasiado en ese pensamiento, me autorizo a concluir que los argumentos presentados resultan suficientes para sostener que es posible pensar otra modalidad de ejercer la autoridad en las instituciones más acorde a la perspectiva abierta por el sociopsicoanálisis. Para el caso, nos gustaría referenciar a Henry A. Giroux quien ha acuñado el término de “autoridad emancipatoria”. Adopto ese concepto para referir a un modo de representar la relación de los sujetos de conocimiento, su función de portadores del mismo y la organización del campo en que despliegan su actividad de producción de conocimiento. De lo argumentado emerge la necesidad de generar instituciones en las que las reglas permitan a los sujetos operar a partir de su psicosocialidad, permitiéndoles realizar su movimiento de apropiación del acto creativo, y actuar en un ámbito de producción de conocimiento articulador de las dinámicas emergentes entre la institución universitaria y las prácticas sociales cuya realidad constituye un desafío cognitivo. Quizás los “grupos complexus” o las redes de investigadores muestren una nueva modalidad en ciernes que es preciso promover a partir de una reformulación de lo que entendemos por autoridad democrática.

Si tal autoridad resulta viable, deberá aportar las posibilidades para el desarrollo de una práctica democrática que habilite a los sujetos a la creación de sí mismos en espacios colectivos –antes que a la acumulación de conocimientos, adquisición de competencias y obtención de credenciales–. Esa creación autónoma de sí mismos, sólo se produce a través del encuentro con los saberes de los otros o, dicho de otro modo, con otros saberes. Como nos ha enseñado la lectura atenta de Gérard Mendel, la verdadera formación solamente tiene lugar mediante el encuentro entre dos saberes. Esa es la matriz de la verdadera interdisciplina que tanto invocamos pero que tanta dificultad tenemos en construir.

### **Bibliografía**

- Althusser, L. (1985) *Curso de Filosofía para científicos*, Barcelona: Planeta Agostini (publicación original: 1974).
- Bernal Osorio, G. P. (2007) “Dinámica de los grupos de investigación de la Universidad Nacional de Externado de Colombia, Sede Bogotá”, en Maldonado, C. E., *Complejidad: ciencia, pensamiento y aplicación*, Colombia: Universidad de Externado.
- Castel, R. (1986, sep-nov) “Les adventures de la pratique”, *Le debat*, (41), 41-51.
- Castorina, J. A. et al. (2010) *Desarrollo del conocimiento social*, Buenos Aires: Miño Dávila.
- Deleuze, G. (1987) *Foucault*, Buenos Aires: Paidós
- Foucault, M. (1976) *Historia de la Locura en la Época Clásica* (2a ed.), México: Fondo de Cultura Económica (publicación original: 1961)
- Foucault, M. (1986) *Las palabras y las cosas* (17a ed.), Buenos Aires: Siglo XXI (publicación original: 1966).
- Foucault, M. (2010) *¿Qué es un autor?* Buenos Aires: El cuenco de Plata (publicación original: 1969).

- Giroux, H. (2003) *Pedagogía y política de la esperanza*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Mendel, G. (1972) *La crisis de las generaciones*, Barcelona: Península.  
(publicación original: 1969)
- Mendel, G. (1974) *La descolonización del niño*, Barcelona: Ariel.  
(publicación original: 1971)
- Mendel, G. (1993) *La sociedad no es una familia*, Buenos Aires: Paidós.
- Mendel, G. (1971) *La rebelión contra el padre*, Barcelona: Península.  
(publicación original: 1968)
- Mendel, G. (2011) *Una historia de la autoridad. Permanencias y Variaciones*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Milgram, S. (1980) *Obediencia a la autoridad*, Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Muleras, E. (2008) *Sacralización y desencantamiento. Las formas primarias del conocimiento del orden social*, Buenos Aires: UBA- Miño Dávila.
- Piaget, J. (1974) *El Estructuralismo*, Buenos Aires: Ed. Orbis.
- Piaget, J (1986) *Estudios Sociológicos*, Barcelona: Ed. Planeta Agostini.  
(publicación original: 1965)
- Putnam, H. (1997) *La herencia del Pragmatismo*, Barcelona: Paidós.
- Putnam, H. (2000) *Sentido, sinsentido y los sentidos*, Barcelona: Paidós  
I.C.E/U.A.B.